

da una tía vieja, se acusaba de todo el mal que habia sucedido i no cesaba de llorar á los piés de su Santa Patrona. Agobiada por el peso de su dolor como un tierno lirio troncado por la tempestad, pasaba horas enteras pálida é inmóvil, i sus lagrimas corrieron silenciosamente, sobre sus bellas manos juntas. Cuando llegó el momento de abrazar á su hermano, por la última vez, Nísida se levantó con todo el valor de una saeta, enjugó sus lágrimas, peinó su negra cabellera, se puso su mas bello vestido blanco. La desgraciada trató de ocultar su dolor por medio de una astucia anjelical, i tuvo aun la fuerza necesaria para sonreír, al ver su mortal palidez, Gabriel sintió oprimírsele el corazon, i una nube cubrió sus ojos, quiso correr á su encuentro; pero retenido por la cadena, que lo sujetaba á un poste de la prision, retrocedió bruscamente, cayendo al suelo. Nísida se lanzó ácia su hermano, i lo estrechó entre sus brazos. La jóven lo habia comprendido todo; i aseguró á su hermano que estaba perfectamente buena. Enfin, temiendo volverlo al recuerdo de su triste situacion, le hablaba con volubilidad de mil cosas, de su tía, de la belleza del tiempo, de la Virgen, en seguida se detenía de repente asustada por el ruido de sus palabras, admirada de su silencio, i dirigía á su hermano sus miradas fijas, como para faoinarlo. Poco á poco se reanimó, un ligero carmin coloreó sus lívidas mejillas, i Gabriel engañado por los esfuerzos sobre humanos de la jóven, la encontró bella todavía, i dió gracias á Dios en su corazon, por haber perdonado á aquella débil criatura. Nísida como si hubiese seguido los secretos pensamientos de su hermano, se acercó á él, le apretó la mano con aire de inteligencia, diciéndole en voz baja, por fortuna, nuestro padre está ausente hace dos días me ha mandado á decir que se detendria por allá. Para nosotros es diferente, somos jóvenes, tenemos valor!

La pobre Nísida temía como

una hoja de árbol mecida por la brisa de la tarde.

—Qué será de tí, mi pobre Nísida? exclamó Gabriel sollozando.

—Ah! yo pediré á la Virgen... i qué ella no nos protege?—la infeliz se detuvo, asustada por el ruido de sus palabras á las que las circunstancias daban tan cruel negativa—pero mirando á su hermano, continuó con tono animado..

—Ciertamente, que nos protege. Se me apareció en sueños anoche. Tenia en sus brazos á su hijo Jesus, i me miraba con una ternura de madre. Quiere hucernos santos; porque ella nos ama, i para ser santos, tú sabes Gabriel, que es necesario sufrir, pues bien, vé á pedirle por mí mi buena hermana; retirate de estos tristes lugares, enya vista acabaría por debilitar tu firmeza i tal vez la mia—Vé, nosotros nos volveremos á ver allá arriba, en donde nuestra madre nos aguarda; nuestra madre á quien no haz conocido. Yo le hablaré siempre de tí. Adios! hermana mia, hasta volvernos á ver....

La pobre jóven reunió toda la fuerza de su corazon, para aquel instante supremo; anduvo con paso firme. Al llegar á la puerta, se volvió i dijo adios á Gabriel con la mano. Este contuvo sus lágrimas; apenas estuvo la jóven en el corredor, un sollozo ahogado se escapó de su pecho, i el pescador que lo oyó pensó que su corazon se iba á romper. Ensegida se puso de rodillas i levantando las manos ácia el Cielo exclamó:—He acabado de sufrir; no tengo nada que me ligue á la vida. Gracias, Dios mio! retened á mi padre lejos de aquí, ya que habeis tenido la bondad de evitar al pobre anciano un dolor que seria superior á sus fuerzas.

Fué precisamente á medio dia, cuando despues de haber agotado todos los medios posibles i gastado hasta la última fuerza de su oro. Salomon se encaminó ácia la prision de su hijo. Su semblante manifestaba tal abatimiento, que los centinelas retrocedieron compadecidos de

él. El carcelero lloró al cerrar tras de él la puerta del calabozo.

El anciano quedó algunos instantes sin dar un solo paso, absorto en la contemplación de su hijo. En el brillo extraño de su pupila se hubiera fácilmente adivinado, que algun siniestro proyecto agitaba entonces el alma de aquel hombre. Sin embargo pareció admirado de la belleza de Gabriel. Tres meses de prision habian devuelto á su cénit la blancura que el sol le habia quitado; sus negros cabellos caian formando mil rizos en derredor de su cuello, sus ojos se detenian sobre su padre con una mirada elocuente. Nunca aquella cabeza habia sido mas bella, que en el momento de caer.

—Hijo mio! mi pobre hijo! dijo el anciano, no hai ninguna esperanza, es necesario morir.

—Yo lo sé respondió Gabriel con tono de tierna reconvenccion, i no es eso lo que me aflige mas en este momento, pero tú tambien. Por qué quieres aflirme? á vuestra edad yo esperaba... que te alejarías!

—Adonde, repitió el anciano; ellos son sin piedad; me he echado á los pies del rei, á los pies de todo el mundo; no hai perdon, no hai misericordia para nosotros. Dios mio!

—Qué es la muerte para mí? no la encuentro todos los dias sobre la mar? mi mayor tormento, ó mas bien mi único tormento, es el pesar que ella te causa.

—I yo, crees tú, Gabriel mio, que sufro solamente de verte morir? Oh! esta no es sino una momentánea separacion. yo iré muy pronto á reunirme contigo, Pero un pesar mas intenso me atormenta.—Yo soi fuerte, soi hombre... Aquí se detuvo temiendo habia dicho demasiado; en seguida, acercándose á su hijo, añadió llorando: perdóname Gabriel, yo soi la causa de tu muerte, yo habria debido matar al principe con mi mano, porque en nuestro país no se condena á muerte á los ancianos. Tengo mas de ochenta años i hubiera sido

absuelto; me lo han dicho cuando les pedía tu perdon, aun una vez perdóname, Gabriel, he creído que mi hija habia muerto i no pensé en otra cosa! yo ignoraba tambien la lei.

—Padre mio! padre mio! repitió Gabriel enternecido, qué dices? yo habria dado mil veces mi vida por prolongar un dia de la vuestra. Ya que tienes la fuerza suficiente para asistir á mi última hora, no temas; tu no me veras palidecer; os lo juro, tu hijo sera digno de ti.

—I debiera morir? morir! esclamo Salomon golpeándose la frente con desesperacion i lanzando á las paredes del calabozo una mirada de fuego, como si quisiese reducirlas á cenizas.

—Yo estoi resignado, padre mio, dijo Gabriel con dulzura; Jesucristo no ha subido á la Cruz?

—Si! respondió el anciano en voz baja, pero no dejaba tras de si una hermana deshonrada con su muerte.

Estas palabras, que se escaparon involuntariamente al anciano esparcieron en el alma de Gabriel una claridad repentina i terrible. Por la primera vez, veía todo lo que la muerte tenia de infame, el populacho desvergonzado rodeando el cadalso, la mano feroz del verdugo i las gotas de sangre, que iban á salpicar el blanco traje de su hermana cubriéndola de oprobio.

—Oh! si yo tuviese una arma! exclamó Gabriel echando á su alrededor una mirada escrutadora.

—No es la arma la que falta, respondió Salomon apoyando la mano en el cabo de un puñal oculto entre sus vestidos.

—Pues bien! matadme padre mio, dijo Gabriel en voz baja, con un acento irresistible de persuacion i de súplica; oh! ai! os lo confesaré, la mano del verdugo me atemoriza i mi Nísida, mi pobre Nísida!

—La acabo de ver, ella estaba aquí ahora mismo, bella i blanca como la Virgen de los Dolores; sonreía para ocultarme sus tormentos. Era feliz la pobre ni-

ña, porque te creía ausente. Qué dulce me será morir de tu mano! tú me has dado la vida, quitádmela padre mio, pues que Dios así lo quiere; i Nisida será salvada. Oh! no vacileis: sería una cobardía. Es mi hermana, es tu hija!

Aquí viendo que su poderosa voluntad habia subyugado al anciano:

—Padre mio! herid? herid. El pobre padre levantó la mano para herir; pero una convulsion mortal ajitó todos sus miembros; i cayendo en los brazos de su hijo, lo bañó con sus lágrimas.

—Pobre padre, dijo Gabriel, yo habria debido preveer esto. Dadme ese puñal i retiraos; yo, soi jóven, i mi brazo no tiembla.

—Oh! no, repitió Salomon con un tono solemne, no, hijo mio; porque eso seria un suicidio!; que tu alma suba para ácia el trono del Señor! Dios me dará su fuerza. Tenemos tiempo todavía, i un último rayo de esperanza brilló en la mirada del pescador.

Entónces tuvo lugar en aquel calabozo una de aquellas escenas, que la palabra humana, jamas podrá referir. El pobre padre sentado en el lecho al lado de su hijo, recostó la cabeza de aquel sobre sus rodillas, sonriéndola en medio de su llanto, como á un niño enfermo, i paseando lentamente su mano, por entre los rizos de la negra cabellera de su hijo, le hacia mil preguntas mezcladas, de caricias i para disgustarlo de este mundo, le hablaba sin cesar del otro. Repentinamente lo escaminaba con minuciosidad acerca de todas las circunstancias de su vida. A veces se detenía con sobresalto, contando los latidos de su corazon que marcaban la hora con rapidez. Díme todo, hijo mio; tienes algun deseo que se pueda satisfacer ántes de tu

muerte? dejas alguna mujer amada? todo lo que nos resta será para ella.

—No dejo en la tierra sino á tí i á mi hermana. Vosotros sois las solas personas á quienes he amado, despues de muerta mi madre.

—Pues bien! consuélate, tu hermana se salvará.

—Oh! entónces, moriré feliz.

—Perdonas á nuestros enemigos?

—De todo corazon i pediré á Dios que perdone á los testigos que me han acusado, para que Dios perdone tambien mis faltas.

—Qué edad tienes? le preguntó bruscamente el anciano; porque su razon comenzaba á alterarse, i habia perdido la memoria.

—Cumplo veintidos años el dia de todos los Santos, os acordais padre mio que hace cinco años, aquel mismo dia gane el premio de la regata en Venecia.

—Contadme eso, hijo mio, i el anciano escuchaba con grande atencion, pero de repente se oyó un gran ruido en el corredor, i un golpe sordo resonó en la puerta.

Era la hora fatal. El pobre padre lo habia olvidado. Ya los sacerdotes habian entonado su cántico mortuario; el verdugo estaba preparado; i el acompañamiento se encaminaba ácia la plaza, cuando Salomon el pescador se presentó á la puerta de la prision con la mirada tranquila, i la frente radiante con la aureola de los patriarcas. El anciano se enderezó, i levantando en la mano derecha el puñal ensangretado: El sacrificio ha sido consumado, dijo con voz sublime: Dios nos ha enviado su ángel para detener la mano de Abraham.... La multitud le llevó en triunfo.

## EL PERRO RABIOSO.

El sol brillaba en el espacio, los rebaños ocultaban sus cabezas bajo la sombra de los árboles, i el estanque rodeado de viejas hojas estaba casi seco. De rato en rato los relinchos de un caballo atormentado por las moscas, el mujido de un buel turbado en su apacible sueño, se mezclaban al zumbido de los insectos ó al ruido de los trillos, que los labradores hacian sonar, en todas las éras del pueblo. Era una de las estaciones mas ardientes que se habian experimentado en mucho tiempo.

Algunas mujeres sentadas en sus puertas jugaban con sus niños ó trabajaban en la costura, en tanto que algunos hombres sentados á la mesa en la taberna de la tia Catalina fumaban i bebían; mas aunque entre aquellos se hallaban Gregorio el sacristan i Juan Millat el maestro de escuela, el uno el mas conversador, i el otro el mas charlatan de la parroquia, todos guardaban silencio despues de un largo rato, como si el calor del día les hubiera quitado la facultad de hablar. A la verdad, los temas de conversacion faltaban hacia algun tiempo en San Adriano. Nada de memorable habia sucedido en aquellos días; ni una sola muerte, ni un matrimonio, ningun bautismo, ni aun siquiera un marido que hubiera golpeado á su mujer. Habia escasez absoluta de acontecimientos. Era necesario resignarse á tratar de hechos usados que la curiosidad habia ya vuelto i revuelto.

Todos se callaban hacia algun tiempo, cuando Ricardo el peluquero entró: Ricardo era la gaceta viva del lugar. Gracias á él, las noticias se trasmitian del uno al otro extremo de la parroquia, i sabe Dios qué transformaciones sufrían en este viaje! La llegada de Ricardo

fué una buena fortuna para todos aquellos ociosos.

—I bien, le preguntó el sacristan, qué tenemos hoy de nuevo?

Pero el calor habia quitado hasta al peluquero mismo su locuacidad habitual.

I así respondió que nada sabia, haciéndose servir un jarro de cidra junto á la puerta.

Santiago el carretero, corcebadillo maligno, i ruin frunció los hombros i meneó la cabeza.

—Yo no me asombro, dijo él, que la canícula haya secado mi pozo: cuando ha secado la palabra en el gonzate de Ricardo.

—Quieres que cuente la historia de un jorobado á quien su mujer ha hecho acostar sin cenar el miércoles de Carnestolendas? replico este.

—Es mejor que cuentes la de un peluquero á quien el adjunto del Alcalde ha puesto á la puerta, dejándole la marca de sus zuelas en cuarta parte.

—Vamos, vamos, exclamó el maestro de escuela entrometiéndose en la conversacion. Vais á decirnos injurias á propósito de la canícula? no tenemos todos nuestros defectos i enfermedades?..

—Es verdad repitió el peluquero; pero algunos los cargamos en el espinazo.... como cierto adorno de uno de mis conocidos.... lo que es bastante para que no lo notemos.

—Lo que espresais Ricardo, es muy filosófico. Esopo ha escrito una cosa semejante. El ha dicho, me parece, que todo el mal de la tierra estaba encerrado en dos alforjas; la alforja de adelante, que se presenta á nuestros ojos encierra los vacíos de los otros; la de otros los nuestros. De donde es necesario concluir, añadió el maligno peluquero que

cuanto mas abultada es la alforja de otros, somos mas viciosos. ¿Qué pensais de esto, maestro Santiago?

Santiago que finjia conversar con otro bebedor, nada respondió; pero lanzó á Ricardo i al maestro de escuela una mirada de disgusto: estaba sobretodo cuidado contra el último, que, queriendo contar la querella, había provisto á su adversario de un tema chistoso sobre su deformidad que no le era mui agradable.

Despues de un momento de silencio, se levantó i fué á colocarse á la puerta de la taberna. Ricardo acababa de pedir el segundo jarro de cidra.

—No estais rabioso á lo ménos, dijo riendo el maestro de escuela, porque bebeis con buen apetito! Esto podria mui bien sucederle uno de estos dias, observó agriamente el corcovado; por que el Sr. Alcalde i los que le aconsejan no cuidan de impedir una desgracia: Los perros corren libremente por el pueblo como si estuviéramos en el mes de diciembre. En esto replicó el peluquero, que buscaba siempre con empeño la ocasion de apoyar una crítica, esto no es prudente: U. Sr. Millot, que es secretario de la alcaldía, ha debido hablar á esos señores.

—Lo hemos pensado; pero qué podemos hacer?

—Mandar que los perros no salgan sino embozalados.

Envenénense los que se encuentren por los caminos.

—Recomendar al guardabosque que mate todos los que no estén entramojados.

Todos estos diversos medios habian sido propuestos á un mismo tiempo por el herrero, el sacristan i el peluquero.

—Pero señores, replicó el maestro de escuela, olvidan UU. que los perros del lugar son útiles; si se entramojan, si se les estorba salir á los caminos, si los tiénen amarrados, quién cuidará de llevar las manadas?

—Pardiez, se cuiden sin ellos.

—U. es herrero, Santiago, respondió Millot sonriendo.

—Pues bien enhorabuena; vale mas

estar espuestos á ser mordidos i á rabiar!.....Gracias!.....Vale la pena de nombrar al alcalde adjuntos i un concejo municipal para proteger los perros del pastor....

A propósito añadió Santiago, mostrando á gran distancia un perro que bajaba corriendo ácia el pueblo; una suposicion; que este gozque estuviese rabioso, quien sabe las desgracias que sucederian en San Adriano!

Un niño que se habia acercado á la puerta de la taberna á escuchar la discusion, oyó estas últimas palabras, i corrió, algunas puertas mas léjos, ácia su madre que conversaba con otras mujeres.

—Ved exclamó, aquel perro que viene allá bajo á la entrada del pueblo, el herrero dijo que quizá estaba rabioso.

—¿Señor Dios!! Será posible?

Las mujeres se separaron, i volvieron corriendo á sus casas.

—Qué hai? preguntaron las vecinas.

—Un perro rabioso!!

Este grito un perro rabioso!! repetido de boca en boca llegó en un instante al extremo del pueblo; las madres encerraron sus hijos, todas las puertas se cerraron, unos hombres que trabajaban en la vecindad fueron llamados, i llegaron armados de azadas i piedras. Encontraron el perro que habia atravesado el pueblo é iba á salir, pero asustado viéndolos, retrocedió é iba á pasar delante de la casa de Catalina cuando advertidos por los clamores, el sacristan, el peluquero, i el herrero salieron:

—Al perro rabioso!!...matadlo, matadlo, matadlo! gritaron los que lo perseguian.

—¿Qué habia dicho yo? exclamó Santiago cojiendo una piedra; la administracion quiere nuestra muerte....dadle, dadle! Si escapa somos perdidos!

En este momento el perro llegaba á la puerta de la casa; una gran brazada de piedras le cerró el camino, queria volverse, pero los canteros lo recibieron con sus herramientas i lo acabaron.

Todo esto sucedio en algunos segun-

dos, de tal modo que cuando el maestro de escuela llegó en medio del tumulto, el pobre animal acababa de ecshalar el último suspiro.

—Buen Dios! dijo al verlo, es Tinot, el perro de la viuda Cármen; estais seguros, amigos míos, de que estuviese rabioso?....

—Miren la incredulidad de Santo Tomas, dijo el jorobado; que no habeis oído a todo el mundo gritar detrás de él ahora mismo?

—Por último hace un calor de hacer rabiar á todo el mundo, observó uno de los canteros. Hola!! Sra. Catalina denos un jarro de cidra.

—Miren qué espuma le sale de la boca.

—I la lengua!!....

—Bien seguro que si no lo hubieramos

muerto, habría hecho desrozos en el país.

—Afortunadamente se vijila un poco mas al grano que la administracion, dijo Santiago vaciando un jarro de cidra; por mi parte yo puedo alabarme de haber dado un golpe al gozque.

—Callad, dijo el sacristan; he visto mi piedra darle en la cabeza; fué entónces que dió la vuelta i murió.

—Harta gracia hubieran hecho con sus piedras!! dijo un cantero. riendo; eso le habria impedido tal vez seguir su camino si nosotros no hubiéramos estado aquí? mirad mas bien mi azada; está llena de sangre.

La discusion iba á entablarse sobre la cuestion de saber quién había tomado mayor parte en esta triste ejecucion, cuando una mujer ya vieja llegó apartando á todo el mundo:

—Finot!! dijo ella: qué habeis hecho de Finot?....i descubriendo el perro inmóvil, i sangriento, dió un grito: vosotros lo habeis muerto....Es posible?...lo habeis muerto. Pero desde cuando se tiene el derecho de matar el perro del vecino?....

—Quién ha hecho esto?....

Todo el mundo guardaba silencio.

—Pues bien..no quereis responder, esclamó la vieja, que fluctuaba entre el dolor i la cólera....es grande hazaña

haber muerto el perro de una pobre viuda!!....no lo habriais hecho cuando tenia yo mi hijo, sois unos cobardes... él os hubiera tragado hasta el último... ha! los malvados, matar un pobre perro que ningun mal les hacia!!

La vieja se puso á llorar....

—Dispensad, Sra. Cármen, dijo el maestro de escuela suavemente, decian que Finot estaba con la rabia.

—Con la rabia!!....Hace un cuarto de hora cuando mas que dormía tranquilo á mi puerta: unos muchachos traviesos vinieron á mortificarlo; no pude impedirselo..Yo soi sola, pueden hacerme lo que quieran....Finot se escapó por fin; venía á buscarlo, i no fuésino al ver el tumulto que adiviné sucedía una desgracia....

Hubo despues de esta esplicacion, un momento de silencio, durante el cual todos los espectadores se miraron con embarazo.

—La culpa la tienen los canteros, dijo el corcovado; ellos llegaron persiguiendo á Finot i gritando un perro rabioso!!

—A tí no te toca hablar; tú le diste el primer golpe.

—Eso no es cierto; ha sido el sacristan.

—De ningun modo; fué aquel con su azadon.

La misma disputa que tuvo lugar poco ántes iba á comenzar, pero esta vez era para saber quien no habia tocado el perro de la viuda: que los interrumpió bruscamente.

—Todos han tenido la culpa, dijo, los detesto á todos, aunque no puedo vengarme, porque soi una pobre mujer sin parientes ni amigos; pero pediré á D.os, que os castigue.

Cuando la vieja se retiró, hubo algunos instantes de confusion; todos hablaban á la vez, i cada cual trataba de justificarse de la parte que había tenido en la muerte de Finot.

Buscaron la causa del accidente, i concluyeron de esto que la suposicion hecha por el herrero pasando de boca en boca se había trasformado en reali-

dad, cuando todo se aclaró, el maestro de escuela meneó la cabeza.

—Esta es una buena lección amigos míos, dijo, hoy no habeis muerto sino un perro, pero estais seguros de no haber muerto nunca ninguno de vuestros semejantes del mismo modo? Esta pobre mujer que estaba ahora aquí tenía un hijo que la hacía feliz, y que había entrado á servir para poderla socorrer mejor. Se cometió un robo en casa de su patron, y alguno tuvo la imprudencia de decir:....si llegaran á sospechar de Pedro!! Otro que había oído mal repitió que se sospechaba de Pedro; un tercero, que Pedro era el ladrón; de tal modo que fué echado vergonzosamente por su patron. Todos se retiraron de

él entónces; rehusaron emplearlo, y el pobre mozo, disgustado de su probidad que de nada le habia servido, y no teniendo de que vivir, no tuvo otro recurso que cometer realmente el hecho de que había sido acusado sin razon. Hace poco tiempo que murió en la cárcel. Estos ejemplos debieran hacernos prudentes y ménos temerarios en nuestros juicios. La verdad, pasando por muchas bocas, acaba por volverse mentira. No creamos el mal sin pruebas, de temor de asociarnos á una injusticia.

No basta para tener derecho de matar un perro haber oído gritar que estaba rabioso!!



# EL ESCLAVO.

Toda la línea de calles que conducía del monte Fanículo á la plaza del Forum se veía invadida por esa masa, de vagabundos que crían los grandes centros de civilización. Este día, la ociosidad se había animado con la esperanza de una distracción; aguardaba la llegada de un inmenso convoi de prisioneros.

Los dominadores del mundo habían encontrado una nueva nación que conquistar: ese rincón de tierra todo cubierto de májicas florestas, i protegido por dioses desconocidos, había sido en fin sometido al yugo romano, se iba á ver ese pueblo de la Armórica tan maravilloso por su fuerza, tan extraño en sus costumbres i en su culto que vencido por las armas de la República iba á parecer; este día, todos los instintos del gran pueblo estaban ajitados; toda su curiosidad estaba en expectativa: era á la vez un triunfo para su orgullo, i un espectáculo para su ociosidad.

Algunas veces entre esta multitud que conmovia un mismo sentimiento, se oían circular palabras de pesar: eran las mas pobres quienes se entristecían en medio de la alegría pública por no tener algunos miles de sestercios para comprar un armoricano.

Acia las diez de la mañana los prisioneros se formaron en dos filas; el cortejo comenzó á pasar por la puerta Aurelia, atravesando las calles de la piedad; ni una sola lágrima, ni aun una voz de compasión se hizo oír.

Cuando una población entera se encuentra bajo el peso de una calamidad que la hiere de un solo golpe, en medio de todas sus dichas, la indivi-

dualidad de cada uno se borra por ciudad. Mas de seis mil celtas llevando en sus frentes la doble marca de su libertad perdida, una corona de hojas i una indecible expresión de dolor, desfilaron delante de la nación soberana. Todos los sufrimientos reunidos se leían en las miradas i en las actitudes. No marchaban solamente con el corazón atormentado por una inútil desesperación; las sensaciones del cuerpo reunidas á los sentimientos del alma, la fatiga del camino i sobre todo la influencia de un nuevo cielo habían agotado sus fuerzas habituadas á las frescas brisas del oceano, al sol velado de la Armórica, i al silencio de las selvas, no podían soportar ni el sol ardiente de la Italia ni el blanco polvo de los caminos, ni los gritos de la multitud; pero si debilitados por la lucha contra un nuevo clima detenían su marcha, el fuete del mercader de esclavos les recordaba que no tenía ya ni aun el derecho de reposar.

No se sabe si la vista de tantas miserias conmovió secretamente á los romanos, tan ávidos de espectáculos i de dominación; sin embargo, no se notó entre la multitud ningun signo de decirlo así en la desgracia general, i todas las fisonomías se parecen, sin embargo, entre las numerosas victimas que atravesaban á Roma, se encontraba una cuya fisonomía manifestaba mas inquietud, mas tristeza que las otras; esta era una mujer como de treinta i cinco años, su mirada no se apartaba de un niño que caminaba á su lado; toda la ternura que el corazón de una madre puede contener estaba impresa en esta mirada; pero en el dolor que se dejaba leer en las fisonomías de las



otras cautivas habia no se qué de santa enerjía, de sublime proteccion.

La historia de esta pobre mujer era poco mas ó ménos la misma de todas sus compañeras, habia visto morir á su lado á su marido i al mayor de sus hijos; ella i el mas jóven habian sido hechos prisioneros: mas las pérdidas dolorosas que habia sufrido no pudieron disminuir en nada la actividad de su solicitud maternal; olvidaba sus penas para no pensar sino en su hijo, sin duda le amaba mas que á los otros; porque solo los corazones llenos de ternura, permanecen fuertes en las horas de agonía i no sepultan un amor bajo las ruinas de otro: esta mujer se llamaba Norva; su hijo Arvins, de edad de doce años, marchaba silenciosamente junto á ella, su paso firme i grave acompañado de una espresion de calma i de serenidad probaban fácilmente su origen; llevaba las manos atadas por detras de la espalda, la frente levantada á mirar triste pero sereno, seguia sin proferir ni una sola palabra á los que marchaban delante de él; sin embargo se echaba de ver en medio de su juvenil entereza bastante fragilidad de la infancia, para que sus lágrimas no pudiesen ser tachadas de debilidad, sin duda agotaba su valor á la vista de su madre; porque cuando sus ojos se encontraban, levantaba mas la cabeza apoyando el pié con solidez sobre la tierra. Sufria cruelmente porque pensaba en lo pasado, i á sus compañeros le habian hecho comprender cual sería el porvenir; pero sintiendo que aquel pasado encerraba para su madre tan graves penas, adivinaba que el porvenir seria aun mas doloroso para ella, i así trataba de ocultar cuidadosamente sus propios males.

La vista de Roma i de sus soberbios monumentos no fué capaz de aplacar el dolor de Norva; los ricos palacios, los templos manificos de la ciudad por excelencia, pasaron delante de sus ojos como sombras; pero Ar-

viens á quien su juventud ponía al abrigo de pesares continuados, quedó deslumbrado con las maravillas que se desplegaban á su vista; sin embargo su aspecto permaneció grave: poco á poco la espresion de tristeza, que se notaba al travez de su gravedad, dió lugar al asombro aquella multitud de estatuas de mármol i de bronce, aquellos templos rodeados de columnas en los que la luz producía tan májicos efectos, aquellas filas de palacios con sus ricos vestibulos admiraron profundamente al jóven, no podia cansarse de mirar, en medio de aquellas magnificencias del arte, multitud de hombres vestidos de púrpura en carros dorados, tirados con la rapidez del rayo; pero cuando llegó á la plaza del Forum su asombro se convirtió en estupor. Todos los bellos edificios que Roma poseía se veian allí coronados por el capitolio. Los ojos de Arvins corrían de un templo á otro. i en todas partes veía la misma elegancia, el mismo esplendor. El jóven armoricano se preguntaba si todo lo que le rodeaba era verdaderamente obra de los hombres.

Llegado que hubo al centro de la plaza, el cortejo, se detubo; era allí que se iba á efectuar la separacion de los prisioneros, i donde cada uno de ellos debia seguir al mercader que lo habia comprado á la Republica, hasta que aquel lo revendiese á su turno, al señor que debia, por decir así, bautizarlo esclavo.

Arvins volvió con dolor al pensamiento de su situacion i de la de su madre, comprendiendo que ya habian llegado al fin de su camino. La especie de encantamiento á que se habia abandonado durante largo rato desapareció bien pronto para dar lugar á la inquietud.

Qué iba á ser de los dos?... Tendrian un señor comun?... ó seria necesario aun á tantas otras desgracias unir la de la separacion?

Fatigados por el calor, los armoricanos, ántes tan fuertes en su benigna atmósfera, se tendieron en el enlozado de la plaza del Fórum, buscando ávidamente la sombra de cada edificio, de cada estatua, i aun de las mas pequeñas columnas. La voz dura del mercader, no tardó en interrumpir este corto reposo; se dió órden á los prisioneros de levantarse i se procedió á la separación, llevando consigo cada mercader su parte de esclavos. Arvins i su madre siendo de la República fueron conducidos por el mismo mercader, con treinta de sus compañeros, á una taberna cerca del templo de Castor.—La venta definitiva no debía efectuarse hasta algunos dias despues cuando los cautivos hubieran descansado, porque los romanos no querian sino esclavos sanos, bellos i vigorosos: esta salud que ellos pagaban como un objeto de lujo, se agotaba sin duda muy pronto con el sufrimiento de la servidumbre; pero miéntras duraba era al ménos para el palacio una bella decoracion con que la vanidad de los grandes podia gloriarse.

Se habia complacido el orgullo nacional con el abatimiento de una nacion vencida: era forzoso pensar en satisfacer otras exigencias: preparar la mercancía que debía presentarse á los compradores: engordar el ganado. Esta era la noble creencia del mercader.

Apénas los armoricanos, entre los cuales se encontraban Norva i su hijo hubieron entrado en la taberna de que hemos hablado, se les rodeó de mil atenciones i cuidados. Una comida abundante habia sido preparada, i algunos esclavos viejos fueron encargados de atender á sus necesidades. Cuando el dia de la venta definitiva llegó, se perfumaron los celtas á la salida del baño; se peinaron cuidadosamente sus largas cabelleras, poniéndoles algunos adornos, i sobre todo teniendo cuidado de conservar el carácter extraño que probaba su origen; enfin á las diez del dia, des-

pues de haber puesto sobre sus frentes la misma corona de hojas, que tenian cuando entraron á Roma, i habiendo suspendido al cuello de cada uno un pequeño cartel en que estaban escritas sus cualidades, se les hizo subir sobre grandes tablados que se habian construido al efecto delante de la taberna: se les juntó con quince antiguos esclavos de los que el propietario esperaba deshacerse por medio de la afluencia, que atraeria la venta de los armoricanos. Por la lei que ordenaba á los mercaderes declarar el origen de sus esclavos por medio de signos exteriores, estos últimos no llevaban la corona de hojas, que distinguia á los prisioneros de guerra; pero sus piés pintados de blanco anunciaban que eran de lejanas rejiones. Algunos de entre ellos tenian la cabeza cubierta con su bonete de lana blanca, el cual anunciaba que el mercader no respondia de sus cualidades, i no queria tomar para con el comprador ninguna de las responsabilidades que la lei le imponia.

Por segunda vez el Fórum romano desplegaba su esplendor delante de los habitantes de la Armórica; pero si los pobres cautivos habian recuperado en el reposo algunas de sus fuerzas; sus almas no estaban ni ménos tristes ni mas accesibles á las distracciones. Todo este lujo de mármol, de bronce, de monumentos era apénas notado por la mayor parte de ellos. Una sola cosa los admiró, i fué el aspecto casi desierto de esta plaza, en la cual habian visto algunos dias ántes masas inmensas de poblacion. Era precisamente el momento en que los majistrados administraban justicia, en que los negociantes trataban de sus negocios en las basílicas, en que los compradores estaban ocupados en las tabernas i finalmente los ociosos se encenaban, como siempre, donde hai movimiento i reunion, seriamente ocupados en mirar el trabajo de los demas i en juzgarlos sin tomar parte en él.

Dentro de una ó dos horas, el as-

pecto de la gran plaza iba completamente á cambiar. La poblacion romana debia inundarla al salir de los tribunales, de las tabernas i de las basílicas; pues en su intervalo los cautivos eran dueños de sus acciones i pensamientos, i emplearon estos cortos momentos de libertad en decirse los últimos adioses; sus manos pudieron aun estrecharse una vez i derramaron algunas lágrimas, hablando de los que ya no existian, repitieron el nombre querido de su país en esa dulce lengua celta, que les era forzoso abandonar por la de sus señores.

Los mas fuertes trataron de dar algunos consuelos á los mas débiles hablando de venganzas, repitiendo que todo no era aun perdido para la Armórica, i que los dioses protectores velarían siempre sobre sus hijos desterrados. Pero entre las voces que se elevaron para consolar á la multitud, la del viejo druida Morgan resonó sobre todas las demas.

—“No mostremos cobardemente á nuestros enemigos las heridas de nuestros corazones, dijo: Despues de haber derramado nuestra sangre delante de ellos en los campos de batalla, no les demos el placer de ver aun correr nuestras lágrimas. Cualesquiera que sean las miserias que este pueblo nos tenga reservadas, ninguna agonía será tan cruel como la que hemos sentido cuando se nos ha arrancado por fuerza del suelo natal: agotemos nuestro valor en el pensamiento de que ya hemos sufrido las mas duras penas: que las mujeres mismas, por nuevos sufrimientos que vengan á atormentarlas en sus hijos no dejen escapar ni un solo grito, ni una queja, i que el corazon del armoricano sea bastante grande para ocultar todas las lágrimas de la madre.”

La mirada de Morgan descansaba sobre los que le rodeaban con una expresion de conformidad sublime; pero cuando encontró con los ojos de Norva, que se fijaban con ansiedad sobre su hijo, una sombra de piedad atravesó

rápidamente delante de su vista, i su voz pasó súbitamente á un acento mas suave.

—Norva, dijo él, tú eres la mujer de un jefe: piensa que desde el palacio de nubes que habita al presente, mi hermano te mira: no le hagas avergonzar á los ojos de los héroes.

—Yo trataré... respondió la madre,

—I tú niño, añadió el anciano, volviéndose ácia Arvins; tú que dentro de pocas horas no serás sino un triste ramo arrancado de su tronco; acuérdate siempre que la Armórica es tu patria, i que ántes del dia en que Roma hubiere destrozado tu tierra natal, los celtas á quienes ha cargado de cadenas, vivian libres i felices en el seno de las selvas. A nuestros vencedores todo tu rescatimiento: en cuanto á nuestros dioses, los únicos verdaderos i poderosos, ellos permitirán que llegue para tu país la hora suprema de la libertad. Muestra á esta nacion, que nosotros tambien somos dignos de ser señores; porque tambien sabemos hacer sufrir: si alguna vez á la vista de uno de nuestros enemigos, sientes un pensamiento de piedad escucha tus recuerdos, i ellos te dirán que careciendo de otra herencia los armoricanos han trasmitido á sus hijos la de la venganza.

El fuego que brilló en los ojos de Arvins probaba enérgicamente los sentimientos de que se hallaba animado. Morgan, el noble i valeroso anciano sacerdote de una religion sin perdon, pareció contento de los sentimientos que acababa de escitar i poniendo la mano sobre la cabeza del niño en signo de bendicion se volvió ácia la madre añadiendo. No temas nada por tu hijo, tiene ya el corazon bastante fuerte para que los males de la vida pesen sobre él sin envilecerlo.

Eran las doce; precisamente el momento en que la plaza del Fórum iba á ser invadida por la multitud. El mercader impuso silencio á los esclavos. Norva se acercó á Morgan i trató de colocar su niño mas inmediato; porque

se sentía mas fuerte colocada así bajo la doble protección del amor i la piedad. Arvins estrechó la mano de su madre contra su corazón, dirijiéndole una mirada que contenía todas las suplicantes súplicas del niño unidas á las orgullosas resoluciones del hombre.

Los curiosos no tardaron en rodear las tabernas de esclavos que se encontraban en diferentes puntos de la plaza. Cada mercader con una vara en la mano, i paseándose delante de los tablados, trataba de atraer la atención de la multitud, apoyando las descaradas mentiras de sus cofrades.

—Acercáos acá ilustres ciudadanos, esclavaba el propietario de Norva i de su hijo; ninguno de los otros mercaderes podía proporcionaros esclavos dotados de cualidades tan maravillosas como los míos. Ya sabéis que soi conocido hace largo tiempo en el comercio, por la superioridad de mis mercancías. Examinad mis bien, continuó mostrando un americano de treinta años notable por la belleza de sus formas i la energía de sus actitudes. ¿Dónde encontraréis un hombre tan fuerte i tan bello? No es digno de ser comparado con un Hércules? pues bien, nobles romanos creedme sobre mi palabra, porque nada me obliga mentir, este esclavo es mil veces mas precioso por su probidad, inteligencia, sobriedad i sumisión que por esa belleza que os asombra. Cuál es aquel de vosotros que no haria voluntario un ligero sacrificio por adquirir tan raro tesoro? Mientras mas se amontonaba la multitud en derredor del tablado del mercader, mas crecia su desvergüenza i audacia, se hubiera dicho que la figura innoble de este vendedor de hombres, era una viva personificación de todas las pasiones vergonzosas i brutales, i que estaba colocada allí en contraste con esas bellas cabezas celtas, que no reflejaban en la mayor parte sino instantis orgullosos i serios sentimientos.

Varios negocios se habian concluido, algunas sentencias de separacion habian

sido pronunciadas entre seres animados, mas de un anciano habia visto alejarse el hijo sobre el cual se apoyaba su vejez, mas de un niño habia visto partir á su madre i todas cumplian religiosamente la promesa que habian hecho de no dar su dolor como espectáculo á sus enemigos. Se contenian los suspiros, se encerraban las lágrimas en el corazón, á cada nuevo compañero que se le veia atravesar la multitud i perderse á lo léjos. Si el valor de una madre la abandona á la partida de su hijo, alguno se colocaba delante de ella con el fin de que sus gemidos no llegasen hasta los tiranos.

Todas las escenas de este drama terrible, pero silencioso, resonaban en el alma de Norva: á cada golpe que caía sobre uno de sus hermanos sentia vibrar en ella una nueva cuerda dolorosa; pero cuando estaba pronta á desfallecer fijaba los ojos en Morgan: la vista de aquella cabeza impassible reanimaba su valor. Por espacio de algunos instantes el corazón de aquella pobre mujer se llenó de alegría. Una madre i su hijo acababan de ser comprados por una misma persona; pero el recuerdo i el dolor le volvieron bien pronto. Habia en derredor de ella tantos niños sin madres; tantas madres sin hijos!... No que daban sino diez americanos entre los cuales se encontraban aun el grupo de Morgan, de Norva i de Arvins, cuando los ojos de un liberto se detuvieron con una atención marcada sobre este ultimo. El mercader se avanzó rápidamente al lado del niño poniendo sobre su hombro la punta de la vara que tenia en la mano.

—Mirad, noble romano, esclamó volviéndose ácia el liberto, diriais al ver este joven tan grande i tan robusto que tiene cuando ménos doce años? pues bien: yo puedo garantizaros que no tiene mas de nueve; juzgad de lo que será con el tiempo: esta raza americana es verdaderamente maravillosa.

Norva no habia podido contener un estremecimiento viendo la vara del mer-

cader apoyada sobre el hombro de su hijo: en cuanto á Arvins no dió ninguna muestra de abatimiento durante el largo exámen que el comprador hizo de él; en fin despues de haberse convencido probabememe de que el niño le convenia, ofreció trescientos sestericios. Varias voces elevaron el precio hasta cuatrocientos: despues no se volvió á oír ninguna nueva proposicion. Como último comprador, el romano subió entónces al tablado i acercándose á un hombre que tenia delante de sí una mesita sobre la que habia una balanza de cobre, tomó un as en la mano i dijo por el derecho de los quirites:

—Caballeros romanos: este jóven me pertenece por haberlo comprado con esta moneda i en esta balanza, despues dejó caer el as en uno de los platillos: este ruido fué como un rayo para la pobre Norva; porque habia precedido igualmente á la partida de cada uno de sus compañeros. El niño se turbó un momento viendo la palidez de su madre; pero una mirada de Morgan fué suficiente para reanimarlo. El anciano se inclinó inmediatamente ácia Norva, murmuró algunas palabras á su lado i la pobre madre tembló al instante. Esta escena fué mui rápida para ser notada por ningun estraño ó á lo ménos Morgan pareció verlo así, porque lanzó sobre la multitud romana una mirada de desprecio. El mercader vino á tomar á Arvins á fin de reunirlo á los otros esclavos del liberto que esperaban á su nuevo señor al pié del tablado. Un jesto brutal separó al niño de su madre, i los labios de la pobre mujer no tuvieron ni aun el tiempo de estamparse sobre la frente de su hijo.

—Hasta volvernó á ver, madre mia, esclamó Arvins, nos veremos dentro de poco; porque cuento con mi fuerza i mi paciencia. Adios Morgan.—Adios esclamó aquel, estendiendo la mano ácia el jóven, i su brazo quedó largo tiempo en el aire; porque ocultaba en la multitud la pálida cabeza de Norva.

El liberto que habia comprado á Ar-

vins, era intendente de uno de los jóvenes patricios mas ricos de Roma.

Claudio Corvino habia heredado hacia algunos años, cien millones de sestericios de los cuales la mayor parte estaba ya disipada. Se citaba su casa como una de las mas suntuosas de Roma; los pisos eran de mármol, las columnas de bronce, las estatuas de plata i los bancos de pórfiro; habia una multitud de salas de banquete cuyos asientos eran de ébano incrustados de plata, los cojines de seda de Babilonia; todas las paredes estaban colgadas de estofas de Persia i las mesas cubiertas de púrpura bordada de oro.

Cuando el liberto llegó con el niño á este palacio espléndido, golpeó en una puerta de bronce. El portero salió de su cuarto i abrió apresuradamente. El conductor de Arvins hizo llamar al cartajines. Era este el intérprete encargado para hacerse entender de los quinientos esclavos de Corvino; ocupado en el comercio ántes de su cautividad, habia recorrido todos los mares en los navios de su nacion, i hablaba la mayor parte de las lenguas de los pueblos marítimos. El liberto le entregó al jóven celta con el fin de que lo hiciese vestir convenientemente i le diese las instrucciones necesarias.

El cartajinés condujo al niño al alojamiento ocupado por los esclavos.

—Alguno te ha instruido de tus nuevos deberes? le preguntó.

—Yo no he recibido sino lecciones de hombres libres, respondió sèriamente Arvins.

El intérprete sonrió.

—Tú eres hijo de esos galos que no temian sino la caída del cielo, repitió irónicamente; sin embargo aquí te aconsejo que temas los golpes del palo. Tú sabes primero que en tu calidad de esclavo, no eres una persona sino una cosa; tu señor puede hacer de tí lo que quiera: castigarte sin razon ó hacerte devorar por las fieras de su jardin como á Vedio-Polian.

—Que use de su derecho, dijo Arvins.

—Corvino no es malo, continuó el cartajinés: es uno de los elegantes de Roma, que tiene por principal objeto arruinarse. Se levanta por lo comun á las cuatro de la tarde para ponerse en manos de los que le perfuman, pintan sus mejillas con espuma de niro rojo i afeitan su barba: ciento cincuenta esclavos se ocupan solo de su persona, i tiene cada uno sus funciones diferentes: —Cuáles serán las mias, preguntó Arvins.

—Tú serás empleado en la conduccion de los carros, respondió el intérprete: sigueme voi á mostrarte tu reino, i conduciendo al jóven celta á las cocheras le mostró los diferentes carruajes que se encontraban allí.

—Ved le dijo: los Petoritas, equipajes de cuatro ruedas, imitando los de los hermanos, que se emplean en el transporte de las provisiones i de los esclavos; mas allá los Covini; carros cubiertos en que sale el señor cuando llueve: estas carrozas ligeras adornadas de plata cincelada, que están á la derecha, son en las que Corvino acostumbra pasearse, á la izquierda están las literas guarnecidas de tapices de Persia, con cortinas de purpura.

Arvins quedó maravillado de tanta magnificencia. El intérprete lo condujo á las caballerizas, cuyos cajones eran de mármol de Luna.

—Las cincuenta mulas que están aquí se hallan destinadas á tirar los carros de Corvino i los setenta caballos que veis del otro lado están destinados á los esclavos numidos, que preceden el equipaje del señor cuando sale. Ya que conoces los lugares voi a llevarte donde el jefe de las caballerizas para que te comunique sus órdenes.

Arvins pasó con el intérprete á donde el esclavo encargado de los equipajes. Aquel hizo conocer al cartajinés cuales eran las funciones del niño i su conductor le transmitió estas esplicaciones. Cuando hubo acabado:

—No tengo que hacerte sino una recomendacion, añadió, i es: que apénas

hayas aprendido la lengua latina, guardes el mas profundo silencio delante del señor: es tan orgulloso con sus esclavos, que jamas les dirige la palabra. Cuando tiene alguna cosa que mandarles lo ejecuta por escrito. Ahora tú puedes ir á pedir tu diarium ó racion: despues te pondrás á trabajar.

Todo lo que Arvins acababa de ver i oír era tan nuevo para él, que su dolor habriase sinó disminuido á lo ménos suspendido; pero fué otra cosa muy diferente cuando vió salir en medio de sus clientes i de una multitud de músicos i dependientes á Claudio Corvino revestido de la toga de púrpura. Los cabellos estaban perfumados con esencia de sinamomo; sus brazos llenos de anillos incrustados de piedras preciosas. El jóven celta no se había formado jamas la menor idea de tanta opulencia. Tal era en efecto en aquella época la vida de los ricos patricios romanos, que sus casas, ménos parecian habitaciones privadas que córtes afeminadas de los poderosos reyes del Asia. Por todas partes se oían las voces de las cantarinas; mil coronas de rosas abandonadas por los convidados, cubrian siempre el piso i con aroma delicado se exhalaba sin cesar por las puertas i ventanas entreabiertas. Todas las mañanas una nube de olientes llenaba el vestíbulo del palacio, para recibir la sportale ó distribucion diaria de cien cuadrantes por la cual el patron se aseguraba de sus votos en las elecciones de majistrados. El mismo se mostraba algunas veces á sus médicos cortesanos, pasando por en medio de ellos con paso perezoso, teniendo la cabeza inclinada ácia un esclavo que le repetia al oido el nombre de cada uno. El resto del dia era consagrado á los paseos de á pié bajo los porticos del Fórum ó en carro por la via africana. Despues venía la cena nocturna á la cual concurrían los parásitos i que se prolongaba comunmente hasta el dia. La mesa de Claudio Corvino era citada por su delicadeza, pues él era uno de los miembros de ese senado de glotonas,

que habían ofrecido premios públicos para los que inventasen nuevos manjares; y su cocinero comprado á un precio exorbitante, (dos mil sestercios) era el mismo á quien el ilustre gastrónomo Apicio había regalado una corona de plata como al hombre mas útil de la República. Así era que la mesa de Corvino siempre estaba llena de convidados pertenecientes á las familias mas nobles ó las magistraturas mas elevadas de Roma.

A la sorpresa que un jénero de vida tan nuevo debia escitar en Arvins, sucedió inmediatamente el desprecio. Criado en las frugales costumbres de su nacion i enseñado á desdeñar todo lo que no aumentaba la fuerza del hombre, ni la sabiduría; apartó la vista con disgusto de esta profusion sin limites i se puso á pensar tristemente en la Armórica. El recuerdo de su madre estaba impreso en su memoria: era el solo amor que le restaba, el solo interes de su vida; esperaba que á fuerza de perseverancia podria descubrir en Roma á la persona que la había comprado; pero para dar este paso tan difícil le era forzoso ante todo hacerse entender. En efecto se puso inmediatamente á estudiar el latin con todo el ardor de que es capaz una pasion profunda. Desgraciadamente su lengua habituada al duro acento celta se resistía á mas blandas inflecciones, su memoria no retenia sino con disgusto las palabras de este pueblo enemigo; se hubiera dicho fácilmente que todos los instintos patrióticos rechazaban la lengua del vencedor; pero la voluntad de su corazon mas fuerte acabó por vencer sus repugnancias; á los pocos meses Arvins pudo comprender lo que se le decia i responder con facilidad: empezó entónces á dar sus pasos, pero notó bien pronto que el tiempo i la libertad le faltaban para que pudiesen tener un éxito feliz, su tiempo pertenecía á su señor, i difícilmente podia disponer cada dia de algunas horas.

Muchos meses se pasaron aun sin

que pudiese averiguar nada de la suerte de Norva, triste i desesperado redoblaba sus esfuerzos para conseguir alguna luz, cuando un espectáculo de que fué testigo vino á variar todas sus preocupaciones. Una tarde que Arvins estaba sentado en la puerta de las caballerizas con la cara apoyada en las palmas de las manos i los codos sobre las rodillas, oyó grandes gritos de alegría. Un jermano en quien siempre había notado la diligencia cautividad salia del departamento de los esclavos con la cabeza rapada i rodeado de todos sus compañeros que lo felicitaban. Todos se dirijian ácia la sala principal.

—Qué hai de nuevo? preguntó Arvins admirado.

—Es el jermano que se vá á libertar respondió el intérprete.

—Qué decís, exclamó el jóven celta. Un esclavo puede alguna vez recobrar su libertad?

—Sí cuando la compra.

—I cómo procurarse la plata necesaria?

—Imitando á ese barbero que hace tres años no come sino una vez por dia con el objeto de vender la mitad de su racion, i ha conseguido al fin reunir un peculio de seis mil sestercios con los cuales ha comprado su libertad.

Mientras que el intérprete hacia estas explicaciones al jóven celta, el jermano había entrado en la gran sala donde Corvino estaba conversando con el pretor. Los otros esclavos se habían detenido en la puerta. Arvins se les reunió para ver lo que iba á suceder. El jermano se acercó primero á su señor quien le puso la mano sobre la cabeza, diciendo: "Quiero que este hombre sea libre i goce de los derechos de ciudadano romano. Entónces un lictor colocado tras del pretor tocó tres veces al esclavo con la punta de su vara. Corvino lo cojió por el brazo i le hizo dar una vuelta; dándole en seguida un ligero empujon: —Anda, le dijo riendo, i acuérdate que cuando yo esté arminado me deberás una pensión alimenticia como mi liberto.

El hermano se retiró i los esclavos lo llevaron en triunfo á beber á la taberna vecina.

Todo lo que acababa de ver Arvins dió otro jiro á sus ideas ó hizo nacer en él una nueva esperanza. Hasta entonces solo habia pensado en encontrar á su madre i consolarse con ella de los sufrimientos de la esclavitud; pero despues de la escena que acabamos de repetir se sentía embriagado con la idea de que entrambos podrian recobrar la libertad. Con esa resolucion firme i pronta que caracteriza á todos los hombres de su raza, el celta se dedicó inmediatamente á preparar su libertad comun al mismo tiempo que continuaba dando los pasos necesarios para encontrar á su madre. No ignoraba cuan largo i difícil era el fin á que tendía; pero desde su primer año de esclavitud habia ofrecido tener paciencia; confiado en que el tiempo lo cambia todo comenzó por separar de sus alimentos aquello que no era absolutamente necesario i se encargó por algunos sestericios de una parte del trabajo de otros empleados como el de los equipajes, pasaba las noches en fabricar armas de su país que vendia en seguida á los curiosos. En cuanto á las diligencias que debia hacer para encontrar á Norva, no pudo continuarlas largo tiempo, porque al llegar el verano, su señor partió con todo su séquito para el palacio que poseía en Baja. El viaje se hizo en litera i á cortas jornadas, Claudio Corvino que temia con razon las posadas habia hecho edificar en el camino varios diversoriola ó lugares de recreo. Llegaron enfin á la villa digna en todo del palacio que ocupaba sobre el monte Celio. Arvins que habia dejado á Roma con tristeza se preguntaba si no debia alegrarse por el contrario. Forzado á vivir sencillamente su señor exijía ménos servicio de sus esclavos i los dejaba por consiguiente mas tiempo de reposo; por otra parte con los medios de ganancia que poseía, el jóven pudo vender algunas horas de

sus dias á un jardinero vecino. Su tesorrillo aumentaba lentamente; pero aumentaba. Todas las tardes miraba con gran placer los cuadrantes i los sestericios, ganados con tanto trabajo; los contaba, los golpeaba uno contra otro. El sonido de esta plata le regocijaba como a un avaro; á cada pieza que caía en el vaso en que guardaba su tesoro le parecia oír romperse uno de los eslabones de la cadena que retenia á su madre en la esclavitud. Sus hábitos laboriosos no le dejaban tiempo de mezclarse en las conversaciones ni en los excesos de sus compañeros de infortunio, i aunque vivia en medio de ellos les era enteramente extraño. Uno solo se le habia acercado i parecia interesarse por su suerte. Era este un Armenio de fisonomía bondadosa i grave á quien los otros esclavos ridiculizaban por su resignacion.

Nafel era el encargado de copiar los manuscritos con que Corvino enriquecía su biblioteca. Su instruccion era profunda i variada, bien que al ver su modestia i timidez se le hubiera tomado fácilmente por el mas ignorante de los hombres. Hubiera podido resistir sin detenerse una sola vez, los mas bellos pasajes de los filósofos, de los oradores i poetas de la Grecia, pero él preferia á todo los escritos de algunos judios desconocidos que habia copiado para su uso i que se le veían leer i reer sin cesar. La orgullosa paciencia de Arvins i su actividad lo habían admirado; i trató de ganar la confianza del joven armoricano, quien se manifestó al principio frio con el anciano; pero Nafel no desesperó, i Arvins acabó por dejarse ganar de su afectuosa dulzura. Enfin le confió sus esperanzas; el armenio sonrió tristemente.

—Crees tú que yo no podré llegar á comprar mi libertad i la de mi madre? le preguntó el niño con inquietud.

—No temo eso; pero dime—qué hariais tú de esa libertad? No esperes volver á la Armórica tu patria. Tu señor no te lo permitiria, será necesario que vivas



bajo su dependencia: que lo sostengas si llega á caer en la miseria. La lei le hace tu heredero, por lo ménos de la mitad de lo que poseas, i si tiene algun motivo para quejarse de tí puedes desterrarte á veinte leguas de Roma sobre las costas de la Campania. He aquí la libertad de los libertos. Son siempre esclavos á quienes se alargan las cadenas.

—No importa, dijo Arvins estaré á lo ménos cerca de mi madre; hablaremos de mis hermanos; de mi padre, de las selvas de nuestro país i yo aguardaré mejores dias preparando mis armas.

—Es decir que vivirás con la idea de la venganza?

—Sí, i los dioses de la Armórica no burlarán mi confianza, dijo Arvins con voz sorda. Nuestros arcadas lo han dicho. Llegará un dia en que cada huérfano podrá lavar con sangre enemiga la tumba de su padre. Yo conozco el lugar donde reposa el mio, Nafel yo lo pondré mas rojo que la púrpura con que se visten nuestros vencedores. La mano derecha del celta se había apretado como si tuviera una espada; Nafel iba á responder, pero se detuvo repentinamente.

—Todavía no es tiempo murmuró en voz baja, mientras que confies en tu propia fuerza, niño, no podrás comprender la verdad. Al decir estas palabras se embozó en su capa de lana parda i se alejó con la cabeza baja i las manos juntas.

Arvins habia tratado de hacerse notar por su exactitud en el cumplimiento de sus deberes. El celo que otros desplegaban por temor él lo manifestaba por orgullo, sintiendo la imposibilidad de la resistencia habia renunciado á ella desde el primer momento, decidido á ejecutar con la mayor puntualidad todo cuanto se exijiese de él. Evitaba las reprimendas i los castigos que le habian recordado mas cruelmente la esclavitud. Su obediencia misma parecia una libre sumision. Esta buena voluntad le valió el favor del intendente i habiendo mu-

erto el conductor de los carros Arvins fue elajido para reemplazarle. Corvino se habia alejado de Roma por poco tiempo cansado de las fiestas del lujo i del tumulto. Se habia imaginado, que la soledad sería una novedad agradable para él. Tambien habia querido hacer un ensayo mui de moda entre los nobles de Roma. En efecto habia hecho arreglar en su espléndida villa uno de aquellos departamentos apénas amueblados que se llamaban habitaciones de pobre, enfin se habia confinado allí por algunos dias con un solo esclavo alimentándose con perdices i legumbres, que le servían en platos de tierra sabina i que comía sentado en una silleta de tres piés; pero esta vida frugal no tardó en fatigarle. El reposo del campo lo hacia estrañar el tumulto de la corte, i renunciando á los placeres campestres tan celebrados por los poetas, dió orden de volver inmediatamente á Roma.

—Eas nuevas funciones de Arvins lo obligaban á seguir á su señor en los paseos de carroza que hacia todos los dias fuera de la ciudad. La via Apiana adornada de tumbas, de árboles i estatuas funerarias era entónces el punto de reunion de la sociedad mas elegante. Se encontraban allí las mujeres mas notables por su belleza, su riqueza i coquetería. Los senadores enriquecidos por las delaciones, los libertos favorecidos del emperador; enfin los descendientes de esos caballeros cuyo lujo é inaccion habian deshonrado el nombre de Trossules, dado á sus antepasados despues de la toma de una ciudad en Etruria. Un dia que Arvins acompañaba á su señor como de costumbre un tumulto forzó á detenerse á los nimidos que precedian el carro. Era Metella la célebre matrona que pasaba precedida i seguida por un pueblo entero de esclavos. Estaba recostada en su litera el brazo izquierdo apoyado sobre un cojin de lana de las Galias; la cara cubierta con un velo tan delgado que hubiera podido fácilmente arrebatarlo el viento. En sus cabellos negros bri-

había una multitud de perlas finas. Para combatir el calor, que era insoportable en aquel momento, tenía en cada mano una bola de cristal, en derredor de una serpiente de oro con ojos de esmeralda. Dos africanos llevaban una capa de tela de Egipto, sumamente blanca i precedían su litera. Estos eran seguidos por un esclavo jóven que sombreaba la cabeza de Metella con una palma adornada de plumas de pavo real; del otro lado marchaban los esclavos griegos llevando un taburete embutido de concha de naçar i de plata, el cual servía para bajar de la litera; enfin, detras venían cerca de trescientos esclavos ricamente vestidos. Despues de haber mirado un instante este espléndido cortejo, Arvins retiró los ojos con indiferencia; despues que frecuentaba aquel paseo, la costumbre lo hacia mirar con desprecio los prodijios del lujo romano. Los esclavos que formaban el acompañamiento de la matrona habían pasado ya i los numidas de Corvino continuaron su marcha; el jóven iba a seguirlos, cuando un grito se oyó á poca distancia. Arvins volvió inmediatamente la cabeza. Una mujer se había separado del cortejo de Metella i le tendía los brazos:

—Madre mía! exclamó ella dejando caer las riendas. Las mulas no sintiéndose retenidas partieron á galope. Arvins se lanzó para alcanzarlas, pero todos sus esfuerzos no hicieron sino acelerar mas su carrera. Enfin, desesperado de alcanzarlas miró á su alrededor. Estaba ya léjos del lugar en donde había visto á Norva. Corrió para alcanzarla; pero otros nuevos acompañamientos lo detuvieron. En medio de su desesperacion se precipitó entre los caballos i los carruajes recibiendo sin sentir golpes é injurias. Recorrió la via africana hasta las puertas de Roma; pero todo fue en vano... Metella había ya entrado á la ciudad con su comitiva. Arvins sufrió un instante de desesperacion imposible de describirse, pero se consoló bien pronto pensando que le seria fácil

encontrar á Norva; porque había oido pronunciar el nombre de su señora i deliberaba ya sobre los medios de encontrar el palacio de Metella, cuando uno de los esclavos de Corvino lo alcanzó mandándole que volviese á tomar las riendas del carro. Despues de un instante de duda, su señor, que se había visto obligado á aguardar, no le dirigió una sola palabra; pero apénas estuvo de vuelta hizo una seña al intendente; Arvins no comprendió el significado de ella hasta que vió aparecer con los instrumentos al esclavo encargado de los castigos. Dió una exclamacion de sorpresa poniéndose pálido: el corrector sonrió. Al fin te toca tu turno le dijo él, te has decidido aunque tarde á hacer conocimiento conmigo. Por lo demas el amo es muy indulgente i solo se chaceea contigo: por Hercules!! si fueses esclavo de un liberto te habria hecho atormentar cruelmente. Hablando así el corrector había fijado al pecho uno de los instrumentos de suplicio; le ató los brazos á un segundo instrumento en forma de cruz; lo sujetó á un poste colocado cerca de la puerta, i mirándolo con una oja feroz, hete aquí en una excelente posicion para tomar el fresco. —Hijo el: la noche va á llegar i tú podras estudiar las estrellas. A estas palabras se despidió del jóven i desapareció. Arvins guardaba silencio; su cuerpo estaba derecho, su cabeza orgullosamente levantada, su mirada desafiadora; pero en el fondo de su corazon se formaba una violenta tempestad de dolor i de colera. En aquel momento había aceptado todos sus suplicios con alegría á condicion de partirlos con Corvino. El recuerdo de su madre venia á aumentar su rabia; sin el castigo vergonzoso que sufría ya la hubiera encontrado, la estrecharía contra su corazon. Ella lo aguardaba talvez i quizás acusaba su lentitud. El jóven se había abandonado á su desesperacion cuando oyó su nombre repetido á corta distancia. Toda su sangre se paralizó. Había creído reconocer aquella voz!

Volvió la cabeza. . . . Una mujer se lanzó ácia él; era Norva! Arvins permaneció un instante sin ver nada, sin oír nada i privado de alegría en los brazos de su madre. Jamas una conuocion tan fuerte habia alterado su tierno corazon. Norva estaba loca de alegría, reía i suspiraba al mismo tiempo golpeando las manos como un niño, i cubriendo á su hijo de besos. Arvins hizo conocer á su madre el motivo del castigo que sufría. Al saber que ella era la causa aunque involuntaria, la pobre madre comenzo á llorar. El niño se esforzó en consolarla, la alegría de verla habia disipado completamente su indignacion i no pensaba ni en la pena que sufría, ni en las cadenas que lo retenían, habria consentido en permanecer así durante su vida entera, á condicion de que pudiese ver cerca de sí á su madre i recibir sus caricias. Norva sentada a sus piés le contó á su turno como despues de haber sabido el nombre de su señor habia huido de casa de Metella, sin pensar en otra cosa que en encontrar el palacio de Corvino para ver á su hijo. Ella lo interrogó acerca de todo lo que habia hecho, todo lo que habia pensado durante un largo año de separacion. En cuanto á ella habia sufrido todos los tormentos de la servidumbre: sin piedad, como todas las mujeres ocupadas esclusivamente de su belleza, Metella se vengaba en sus esclavos de la menor herida hecha en el mundo á su vanidad. Sus impaciencias i caprichos se manifestaban siempre por medio de algun castigo cruel impuesto a los que le servian. Gozaba una especie de placer en verlos sufrir á su vista; por la mas leve falta los obligaba á ponerse de rodillas con el fin de tener mas facilidad de golpearlos en la cara.

Morgan, comprado por ella al mismo tiempo que Norva, habia sufrido ya por tres veces crueles castigos, por haber rehusado someterse á semejante humillacion. Escuchando todo aquello Arvins estuvo obligado á reconocer que la

casualidad lo habia favorecido haciéndolo esclavo del sibarita Corvino.

Náfel acababa de saber el castigo á que Arvins habia sido condenado, i se aprovechó de una visita de Corvino á la biblioteca, para solicitar el perdon del niño. Corvino hizo señas de que lo concedia, i el jóven celta se vió inmediatamente libre de sus ligaduras. Pudo entónces conducir á su madre á una pieza retirada á donde siguieron su conversacion con mas libertad. Por espacio de algunas horas Norva i su hijo olvidaron completamente su penosa situacion, hablando de la Armórica en lengua celta, se recordaron mutuamente las circunstancias del tiempo pasado, los nombres de sus conocidos, los lugares donde habian sido felices. Arvins encontraba otra vez el acento, la poesia i las creencias de la infancia; no estaba ya en Roma, no era ya esclavo; era solamente el hijo del gran jefe Menrei, sentado cerca de su madre aprendiendo de ella las tradiciones de su pueblo. La noche llegó sin que Norva ni su hijo lo notasen. Los ojos levantados ácia el cielo azul de la Italia, todo cubierto de brillantes estrellas continuaron hablando de su patria ausente. Arvins confió á su madre sus esperanzas de libertad. Morgan nos habla tambien de libertad, dijo Norva; pere es por medio de las armas, no es con oro que él espera obtenerla.—Se piensa acaso en una revolucion? preguntó inmediatamente Arvins.

—Yo lo creo, respondió Norva. Morgan tiene inteligencias con los esclavos de nuestra nacion. La mayor parte tiene empleado secretamente su peculio en comprar armas, i á la primera ocasion pueden lanzar el grito de guerra. Los jermanes i los godos tienen asambleas misteriosas i he oido pronunciar constantemente el nombre de Spartaco. Los ojos de Arvins brillaron, Norva lo notó i cojiendo con una ternura inquieta la mano de su hijo:

—Acuérdate que eres mui jóven para

mezclarte en una empresa semejante, le dijo ella.

—Tengo quince años, replicó Arvins con impaciencia.

—No tienes todavía la edad de los guerreros, tú lo sabes. Para sostener el gran nombre que llevas, se necesitan brazos mas ejercitados i mas fuertes. Morgan lo ha dicho i yo te prohibo tomar parte en esta revolucion.

—Obedeceré, madre mia, respondió Arvins con voz sorda, i los ojos llenos de lágrimas.

Norva recostó sobre sus rodillas la cabeza del jóven besándolo en la frente:

—No te entristezcas, hijo mio, repitió ella. Llegas á la edad de hombre, i entonces ya no tendré poder sobre tí; serás dueño de escoger un campo de batalla donde quieras; pero de aqui á entonces, déjame usar de mi autoridad para proteger tu vida: que yo pueda gozar aun de esas últimas alegrías de madre, que siento que su hijo va á salir de la infancia i escapársele. Bien pronto tú no serás ya mio: pertenecerás á tus pasiones, á tu voluntad i tal vez á otra mujer.... No me envidies estas últimas horas de reinado, no te reveles contra la tierna tiranía de la que te ha dado el ser. Hoi yo mezo aún al niño en mis brazos, mañana será hombre, i entonces no seré madre sino á medias, porque no podré ya protegerlo. Norva habia pronunciado estas últimas palabras con una voz tan triste i al mismo tiempo tan dulce, que Arvins se enterneció i estrechándola contra su corazon le prodigó los nombres mas tiernos, prometiéndola someterse sin pesar á sus órdenes. La noche habia pasado en estas íntimas conversaciones; el sol estaba de vuelta. Norva pensó, en fin, en volver á donde su señora. El niño pidió i obtuvo el permiso de acompañarla. Apenas habrian andado una cuadra, cuando vieron venir una tropa de esclavos conducidos por un liberto: á su aspecto Norva se detuvo asustada.

—Son los familiares de Metella dijo.

Los esclavos acababan de reconocer á la madre de Arvins i corrieron á cojerla: en fin, ya te encontramos, dijo el liberto. Qué quereis decir? exclamó Norva. No has huido de la casa?

—Ya volvia respondió ella. El liberto se sonrió.—Todos los esclavos huidos dicen lo mismo: que se le amaren las manos i se le conduzca inmediatamente á la casa. Norva quiso esplicarse; pero se le impuso silencio, Arvins tampoco pudo hacerse oír, i arrebataron á su madre apesar de todos sus esfuerzos. Que vais á hacer? preguntó asustado el niño.

—No sabes lo que aguarda á los esclavos prófugos? Temiendo que no se vuelvan á perder por segunda vez, se les marca con un fierro enrojecido en la frente. Arvins dió un grito.

—Es imposible, dijo él; yo veré á vuestra señora, i me echaré á sus piés.

—Si tú la molestas, ella te hará igual castigo, interrumpió el liberto.

—A mí? dijo el niño. Ella lo puede hacer pagando á Corvino. Olvidas que un esclavo no es sino una finca que tiene precio?

—Déjame, déjame, exclamó la madre asustada; pero Arvins no la escuchaba. Llegaron todos juntos á la casa de Metella. La cortesana no habia vuelto todavía. Advirtieron al intendente, que vino á saber de qué se trataba. Arvins le rogó, le suplicó; pero fué rechazado con dureza.

—No hai ningun medio de salvar á mi madre? preguntó desesperado el niño.

—Comprándola, respondió el intendente con ironía.

—Comprarla! repitió Arvins. Un esclavo puede comprar á otro? Qué seria necesario hacer para librar á mi madre? pregunto otra vez temblando.

—Tres mil sesterceios, respondió el intendente. Arvins juntó las manos con desesperacion.

—No tengo sino dos mil, murmuró él; mas una esperanza atravesó repenti-

namente su pensamiento, muchos de sus compañeros tenían un peculio i no se negarian tal vez á prestarle cada uno algunas monedas, i así podria reunir la que le faltaba : corrió ácia el intendente que se alejaba. Volveré pronto con la plata, dijo en voz suplicante. Prometeme solamente suspender el castigo.

—Te doi plazo hasta las cuatro, respondió el intendente.

Arvins le dió las gracias, abrazó á su madre llorando i corrió primero á buscar su peculio, que contó de nuevo. Le faltaban mil sestercios para ajustar la suma necesaria. Bajó precipitadamente al departamento de los esclavos con el fin de implorar su socorro; pero no encontró á ninguno. Todo era confusion en la casa de Corvino: perseguido por sus acreedores i por los usureros que habian acelerado su ruina, el jóven patricio acababa de dejar su casa, que los agentes de la justicia habian invadido. Algunos avisos, copias del edicto del majistrado, estaban suspendidos sobre las puertas i anunciaban la venta de todo lo que habia pertenecido á Corvino. Los administradores del templo de Saturno, que debian asistir á la liquidacion, acababan de llegar con el depositario que debia recibir el precio de los efectos. Acababan de hacer inventario de los bienes de Corvino, precisamente en el momento en que Arvins se presentó con su plata en la mano. Uno de los acreedores, comisionado por los demas para presidir á la venta, lo alcanzó á ver.

—Qué llevas ahí? le preguntó.

—Mi peculio respondió Arvins.

—A cuanto se eleva?

—A doz mil sestercios.

—Ellos ayudarán á la liquidacion de Corvino, dijo el romano, estendiendo la mano ácia el vaso en que Arvins habia puesto sus economías.

—Esta plata me pertenece, respondió el niño, esforzándose en defenderla.

—Pertenece á tu señor, esclavo, respondió el acreedor. Tú no posees nada

propio, ni aun tu vida. Entrega esa cantidad.

—Jamás, jamás! exclamó Arvins estrechando su tesoro contra el pecho. Este peculio lo he economizado sobre mi racion i de mi sueño, i está destinado á rescatar á mi madre. Mi madre sufre hoy el suplicio de los fujitivos, si no llevo á su señora tres mil sestercios. Ah! no me quiteis esta plata: si no quereis dejármela por justicia que sea al ménos por piedad.... Vosotros tambien teneis madres.... Perdon! perdon! os lo pido de rodillas. El jóven habia caido á los pies de los tesoreros de Saturno i del acreedor, que hizo un signo á los heraldos encargados de presenciar la venta, i ellos se acercaron á Arvins para arrancarle su pequeño tesoro. El niño se debatía con fuerza i daba gritos de furor; pero mui débil para resistirles, fué inmediatamente echado por tierra i despojado. Eofin se levantó cubierto de polvo, i loco de furor sus ojos buscaban una arma de que poderse servir. Los heraldos lo cogieron, riendo, i lanzándolo fuera del corredor cerraron la puerta. Arvins golpeaba con fuerza su cabeza como si quisiese castigarse á sí mismo de su impotencia. En aquel momento, una mano se apoyó ligeramente encima de su hombro. Se volvió inmediatamente. Era Nafel.

—Qué tienes? le preguntó.

—Mi madre!.... exclamó Arvins, que sofocado por la cólera i los sollozos no podia pronunciar otra palabra. Nafel trató de apaciguarlo con sus palabras, i le hizo contar lo que le acababa de suceder. Consúelate, le dijo el armenio: mi peculio no ha sido confiscado i contiene cuatro mil sestercios. Yo te los regalo. Arvins retrocedió sorprendido no atreviéndose á creer lo que oía. Venid añadió Nafel; lo tengo depositado donde un hermano de la via Suburana. Vamos á pedírselo. El jóven celta quiso darle las gracias; pero el armenio le impuso silencio. El servicio que se hace es mas provechoso para el bienhechor que para el obligado, dijo él,

porque aquel no recibe sino un socorro terrestre i pasajero, en tanto que el otro adquiere un derecho á las felicidades eternas. No me deis las gracias, pero sígueme. Los dos se trasladaron á donde el depositario; por desgracia estaba ausente i les fué necesario aguardar largo rato. La agonía de Arvins era horrible; temblaba al pensar en llegar mui tarde. En fin, el judío que guardaba el peculio de Nafel volvió. Los cuatro mil sestercios fueron contados i entregados al niño, quien se dirigió corriendo al palacio de Metella, pasando por delante de la basilica Julia levantó la cabeza. El Clepsidro, reloj de arena, marcaba las cuatro. Arvins sintió helársele hasta el corazón, empezó á correr otra vez con desesperacion, atravesó el forum, i llegó en fin á la puerta de Metella; al momento de poner el pié en ella un grito horrible se oyó, el niño se apoyó desmayado casi en la pared.

—Llegas mui tarde le dijo Morgan, que lo aguardaba á la entrada.

—Dónde esta mi madre? dónde está? exclamó Arvins.

El anciano celta lo tomó por la mano sin responderle i lo condujo ácia el corredor, que estaba lleno de esclavos hablando en voz baja. En medio de ellos estaba en pié el corrector cerca de un brazero encendido. Norva estaba estendida á sus piés. Arvins se precipitó ácia ella tendiéndole los brazos, mas apénas la hubo visto dió un grito de horror: una densa nube cubrió sus ojos i sus piernas se doblaron bajo el peso de su cuerpo, cayendo desmayado al lado de su madre. Dos horas despues Norva estaba estendida moribunda sobre una mesa que la servia de cama, sus dos manos puestas entre las de su hijo cuyo nombre mormuraba ella. Morgan con la cabeza baja i los brazos cruzados estaba en pié á su cabecera. La pobre madre viendo á su lado á Arvins retenia sus quejas i trataba á veces sonreír; pero su sonrisa partia el corazón. Su frente habia sido cubierta

con una tira de lino, al traves de la cual se veía la sangre ennegrecida, sus párpados hinchados por el dolor no podian abrirse, i su aliento salia como un soplo funesto de sus lábios ya blancos. Arvins abrumado en su desesperacion retenia sus sollozos temiendo añadir un nuevo dolor á los sufrimientos de su pobre madre; pero las pocas horas que acababan de pasar habian marcado su fisonomía con caracteres tan profundos como los que deja una larga enfermedad. Inclinado sobre el lecho de Norva espiaba con agonía todos sus movimientos: examinaba su palidez, escuchaba su respiracion palpitante. Repentinamente estendió los brazos haciendo un esfuerzo para incorporarse. Arvins!....murmuraba. dónde estais?...Tus manos, no siento, tus manos ah! Estréchame contra tu corazón....No me abandones, Arvins....pobre niño....Su cabeza cayó sobre el hombro de su hijo. Hubo un instante de solemne silencio: Arvins no se atrevia á mirar.

—Madre mia! repitió al fin con voz sofocada por los sollozos. Ella ha ido á reunirse á Menzú, respondió Morgan; el niño levantó bruscamente la cabeza de Norva; pero esta cabeza cayó ácia atras insensible é inanimada! Arvins era huérfano!

No trataremos de pintar su desesperacion. En el primer momento asustó al mismo Morgan. El niño habia sufrido desde la víspera tantas emociones, que sus fuerzas se habian estinguído. Una fiebre ardiente lo devoraba, sentia estraviarse su cabeza i durante algunas horas su dolor se convirtió en delirio. En fin el desfallecimiento i el cansancio volvieron la calma á su espíritu.

Morgan, que no lo habia abandonado, se aprovechó de aquel instante para volverle el valor. Ellos han muerto á tu madre, le dijo en voz baja, i con una mirada siniestra; llorarla es inútil; pensemos mas bien en vengarla. Ven, garla! repitió Arvins.

—¿Qué es necesario hacer?

—Recuperar tus fuerzas para seguirme cuando llegue el momento.

El joven celta se levantó de un salto.

—Vamos! dijo él.

—Es necesario aguardar aún, respondió el anciano; pero no temas nada. Por ser tardía la venganza, no será ménos terrible. El desembolvió entonces á Arvins el plan de los esclavos. Era en Roma mismo donde la revolución debía estallar.

La resolución que tenían era prender fuego á la ciudad, i degollar á todos los que escapasen del fuego. El niño escuchó con una alegría loca los pormenores, que le prometían una completa satisfacción de todos sus resentimientos. Imbuido en las ideas de su nación creía firmemente que con esos sangrientos sacrificios debían regocijarse los manes de Norva. Hacer correr la sangre romana era probar su ternura á su madre. No veía en la venganza una desgracia personal, solamente un deber de santa espiciación. La idea de satisfacer los manes de su madre reanimaba sus fuerzas; olvidó, pues su dolor aguardando la señal, que no tardó en oírse. Los esclavos se lanzaron sobre el forum con antorchas encendidas; pero los cónsules habían sido prevenidos i habían tomado las medidas necesarias; los revoltosos se vieron casi al punto rodeados. La mayor parte arrojaron sus armas buscando su salud en la fuga. Varios jermanos i celtas, entre quienes se encontraban Morgan i Arvins, trataron solos de resistir. Agobiados por el número, todos quedaron heridos i rodeados de cadáveres enemigos. Morgan i Arvins fueron levantados moribundos de su lecho sangriento, pero como se esperaba obtener de ellos algunas revelaciones importantes fueron puestos en calabozos separados cuidando de curar sus heridas. Ambos volvieron á la vida; pero ni el interrogatorio ni los tormentos consiguieron hacerles traicionar á sus cómplices. Los verdugos debieron confesarse vencidos, i ambos

armoricanos fueron encerrados en la prison comun donde estaban las víctimas destinadas á las bestias feroces. Cuando Morgan i Arvins volvieron á verse, se dieron la mano sin hablarse, sentándose el uno cerca del otro, ambos habían sido cruelmente engañados en su última esperanza, é iban á morir vencidos! Hubo un largo silencio. Mi madre no será vengada! dijo enfin Arvins con aire sombrío.

—Nuestros dioses no lo han querido respondió Morgan.

—¿Qué son tus dioses? replicó amargamente el hijo de Norva. No pueden defendernos en nuestro país, ni protejernos en la esclavitud, por qué los adoramos si carecen de poder? i si lo tienen, por qué nos abandonan? Los dioses de Roma son los solos verdaderos; porque son los únicos que protejen la libertad.

—Invoquémoslos, entónces, dijo Morgan irónicamente. Crees que ellos oyen la voz de un esclavo? No conceden sus favores sino á los poderosos; para nosotros no son dioses; son enemigos: así; pues, repitió el joven celta, el universo entero no existiría sino para ser víctima de una sola ciudad. Ah! para qué nacer entónces? por qué no se inmola sin piedad al niño que abre los ojos á la luz del dia? Qué jénio maléfico ha hecho la tierra, si debe estar para siempre entregada á la injusticia i á la servidumbre?

—El reinado de la paz i de la libertad se acerca, dijo una voz suave.

Arvins asombrado levantó la cabeza. Era Nafel.

—Vos aquí, exclamó él... Habéis conspirado tambien contra los tiranos?

—No, respondió el armenio; ellos me han condenado á las bestias feroces, solamente porque adoro un dios como lo deseabais ahora mismo.

—¿Qué quereis decir?

—Yo soi cristiano.

Arvins miró á Nafel con curiosidad. Varias veces había oido pronunciar el nombre de cristiano con desprecio: era,

según decían, la religión de criminales i de miserables; una fábula salida de la Judea, i que había seducido á los últimos del pueblo como todo lo que es nuevo.

—Si tu dios es bueno, dijo Arvins, él es impotente; pues que os abandona á vuestros enemigos.

—Mi Dios me ama, respondió Nafél, i quiere servirse de mí para sostener su lei. Cada fiel que muere funda con su sangre la nueva creencia. A fuerza de ver caer mártires i oírlos esclamar: Yo soi cristiano! Se preguntará qué significa esa palabra que enseña á los hombres á morir sin pesar, perdonando á sus verdugos.

—I qué quiero decir? preguntó Arvins.

—Quiere decir que se creó en un solo Dios verdadero, en aquel que ha hecho la tierra para los hombres, i los hombres para que vivan como hermanos. Todas las falsas divinidades que se disputan al presente la adoración, caerán dentro de poco, porque no son otra cosa sino símbolo de las pasiones humanas; i no quedarán sino el Dios que es de todos, como el sol.

—Qué ordena su lei? preguntó Arvins.

—La libertad i la fraternidad entre los hombres; la felicidad de todos i la de cada uno en particular. Los mas santos á sus ojos, no son los felices, pero sí los que sufren. Esta religión viene para destruir la violencia i romper las cadenas; pero no por medio de la rebelión, sino solamente por la persuasión. Llegará un día, i no está lejos tal vez, en que la igualdad de los hombres será proclamada; porque el cristianismo no es solamente una creencia, es la lei humana, el espíritu del porvenir; una nueva era anunciada al universo.

—I nosotros no la veremos? preguntó el hijo de Norva.

—Qué importa? La tierra no es mas que un lugar de tránsito, aunque reformada por la lei de Cristo; ella será solamente la sombra de un mundo mejor, donde cada uno será recompensado según sus obras.

—I quién nos abre ese mundo? preguntó Arvins.

—La muerte! la muerte! respondió Nafél.

Arvins guardó un instante de silencio. Las palabras del armenio lo habían conmovido profundamente. Veía rayos de luz que entreabrían mil nuevos horizontes. Jamás se había presentado á su mente una idea tan grande, tan bella ni tan consoladora; comparaba esta religión, fundada sobre la justicia i el amor, á los bárbaros preceptos de Morgan, i á la impotencia de sus dioses que lo dejaban sin apoyo al borde del abismo, con la jenerosidad del Dios de los cristianos, que para recompensarlos de los males de la vida, les mostraba mas allá de la tumba una existencia eterna, en donde el reinado de la razón comenzaría. Así, pues, repitió el jóven despues de una larga reflexión:

—Tu creencia Nafél establece acá en la tierra una lei de justicia i de verdad i como toda obra humana es imperfecta, promete otra vida donde los culpables serán castigados i consolados los aflijidos. Allá se encontrará en toda su perfección lo que la lei de Cristo establece imperfectamente entre los hombres.

—Si, dijo el armenio, toca á nosotros que hemos conocido la verdad, confesarla á la faz del universo, i anunciar, al caer en el Circo esta buena nueva al jénero humano.

—Nafél! exclamó Arvins levantándose: Yo quiero morir cristiano!....

Algunos días despues varios avisos ruspndidos en todos los edificios públicos anunciaban el espectáculo dado por el Emperador del pueblo romano. La multitud se precipitaba ácia el Circo; varios esclavos con instrumentos en las manos igualaban la arena, entre tanto que los bestiarios, con la cabeza descubierta i vestidos solamente de túnicas sin mangas, se paseaban lentamente delante de las jaulas. Los condenados fueron conducidos al Circo, eran cerca de doscientos. En la primera fila marchaban Nafél i Arvins, Morgan los



seguía con la frente levantada i con paso firme. Al pasar por delante del palco del Emperador, todos se inclinaron repitiendo, según el uso; *Cesar morituri te salutant!* Apenas llegaron á la mitad del Circo se les soltaron las ligaduras; en seguida los lictores se retiraron con los esclavos. Hubo entonces un largo silencio de agonía: La multitud tenía los ojos fijos en la arena. Al mismo instante Nafél tomó la mano de Arvins, i en voz alta.

—Romanos! exclamó, el Dios de los cristianos es el único verdadero; este niño i yo morimos confesando su nombre. Aun no había acabado de decir

estas palabras cuando se oyeron mil ruidos á la vez; las jaulas acababan de abrirse i las fieras se lanzaron en el Circo. La mayor parte de las víctimas se dispersaron, Arvins i Nafél cayeron de rodillas con las manos levantadas acia el cielo. Entonces empezó una horrible carnicería! pero el polvo que se elevaba no tardó en envolverla, como una nube; se vieron solamente los hombres huyendo, se oyeron algunos gritos; feroces ruidos; despues todo se estinguió insensiblemente, i cuando la nube se disipó, no se vieron sino los osos, los tigres i los leones acurrucados entre la sangre, acabando de roer los cadáveres.

